

DON VICENTE GUTIERREZ DE LOS RIOS.

D. Vicente Gutierrez de los Rios nació en Córdoba en 8 de febrero de 1732 y fué hijo de D. Francisco José Gutierrez de los Rios, segundo marqués de las Escalonias, sugeto no menos ilustre por su nacimiento que dotado de poco comun instruccion y de virtudes cristianas, y de Doña Juana Teresa de Salve, su segunda mujer. Crióse en la casa de sus padres, á cuya vigilancia y cuidado debió una educacion correspondiente á su clase, y la enseñanza de las primeras letras á un honrado vizcaino, antiguo mayordomo de su casa. Estudió latinidad con un hábil preceptor, y desde luego empezó á sobresalir entre sus condiscipulos por su talento y aplicacion y á merecer el aprecio de su maestro. En poco tiempo entendió con perfeccion los clásicos latinos y aprendió á conocer las bellezas y relevantes dotes de tan inmortales obras, y en ellas tambien principiò á adquirir conocimientos prácticos de la oratoria y de la poética, y tales que parecia que ya las habia estudiado; sin embargo se dedicó despues á ellas con mucho empeño y aprovechamiento. No se contentó con estudiar los compendios que los maestros suelen poner en manos de los jóvenes, sino que llevado de su buen juicio quiso beber en las fuentes puras de los autores originales, y así estudió á Ciceron, Aristóteles, Quintiliano, Longino etc.

Instruido tan á fondo se ocupaba con grande aficion en la lectura de los oradores, historiadores y poetas latinos, llegando á conservar en la memoria muchos pasajes que solia referir á la letra oportunamente. Con el estudio profundo de estos modelos adquirió hábito y gusto delicado para juzgar las obras literarias con acierto y para escribir con elegancia, método y claridad.

Instruido tan perfectamente en las humanidades dió principio al estudio de la filosofia en el colegio de Nuestra Señora de Gracia, incorporado al real convento de S. Pablo del orden de predicadores; pero no satisfecho su talento con aquellas doctrinas tan estériles y vanas que por aquel tiempo reinaban en las

aulas, se dedicó á la lectura de los filósofos antiguos y de los modernos que habian sacudido el yugo del peripato. Despues estudió teología en el mismo colegio de Nuestra Señora de Gracia, y á los quince años se hallaba bastante instruido en esta ciencia, lo que no es de extrañar de la precocidad de su talento y de la aficion y constancia con que se dedicaba al estudio. A estos adelantamientos contribuyeron tambien no poco los repases y conferencias en que le ejercitaba su padre, sugeto tan instruido, como ya indicamos, y que acreditó sus extensos conocimientos en varios escritos que dió á luz y otros que no se publicaron, y corrian manuscritos en manos de los curiosos. Al mismo tiempo, su madre, que era señora muy aficionada á libros y versada en la historia, estimulaba y ayudaba á D. Vicente en sus tareas literarias.

En 1747 pasó á la universidad de Sevilla á estudiar derecho canónico y civil, lo que ejecutó con progresos en nada inferiores á los que en las demas facultades habia hecho. En 1752, cuando solo tenia diez y ocho años, mereció ser admitido en la Academia de Buenas letras de aquella ciudad en clase de honorario, y despues en 1753 ser ascendido á una plaza de supernumerario. En esta corporacion dió señaladas pruebas de su ingenio y de su temprana cuanto madura erudicion en las memorias que presentó y fueron oidas con singular aplauso. Tuvo la primera por asunto la preferencia de Lucano sobre Virgilio; la segunda el uso y la concernencia de la elocuencia con las buenas letras, y la tercera la oda IX del libro 3 de Horacio que principia: *Donec gratus eram tibi etc.* que al mismo tiempo tradujo. En estos trabajos brilló el delicado y fino gusto del autor, su crítica, su erudicion y el amor que profesaba á las bellas letras, no solo por la importancia y atractivo que en sí tienen, sino por su influencia en la perfecta adquisicion de las ciencias.

Mayor aceptacion acaso mereció otro escrito titulado: *Idea*
4 DE MAYO DE 1856.

de la naturaleza y curso de los cometas», que trabajó con motivo del que apareció en 1769, y dirigió á la Academia sevillana. Aunque sobre esta materia hay tanto escrito, supo D. Vicente tratarla con tal novedad y gusto á juicio de todos, que fácilmente se echó de ver cuán familiar le era la verdadera física y la astronomía.

Habiendo concluido el estudio de la jurisprudencia después del fallecimiento de su padre, ocurrido en fines de noviembre de 1756, resolvió seguir la carrera de las armas y entró de cadete de dragones de Frisia en 30 de agosto de 1757. Con el uniforme de este cuerpo, por gracia especial que le hizo el rey, pasó á Cádiz á estudiar matemáticas en la Academia de artillería de tierra, en las que hizo notables adelantamientos. El año de 1760 salió á subteniente del tercer batallón de artillería, y en 1763 fué promovido á subteniente de la compañía de caballeros cadetes del real colegio militar de Segovia: en 1765 ascendió á teniente de artillería de la expresada compañía, y finalmente en 26 de marzo de 1773 fué nombrado capitán graduado del referido cuerpo. Este mismo año se imprimió en Madrid en casa de Ibarra un elocuente discurso que hizo para la apertura de la Escuela de táctica de artillería, y pronunció en el real colegio militar de Segovia, de que era maestro, porque el rey le había confiado la enseñanza de los caballeros cadetes. Los aplausos que mereció el autor del numeroso y lucido concurso que oyó su discurso, se repitieron y multiplicaron después por todas las personas de inteligencia y gusto que lo vieron impreso. En él demostró la necesidad de la táctica de artillería, adornándole con oportuna erudición antigua y moderna, fruto de su escogida y continua lectura.

En 1753 fué nombrado académico de la real de la Historia en clase de honorario, y en 1772 ascendió á una plaza de número. Siendo supernumerario ocupó varias sesiones con la amena lectura de un «Discurso sobre los ilustres autores é inventores de la artillería que han florecido en España desde los Reyes Católicos hasta el presente», el cual se publicó dedicado á la misma Academia el año 1767. En este discurso, pequeño en el tamaño, pero grande por su mérito y utilidad, descubre y saca á luz el señor Ríos, como del mas profundo seno del olvido, á muchos ilustres españoles que con sublimes conocimientos escribieron de artillería, bombardería y minas ó manejaron con gran destreza y pericia estos ramos principales de la tormentaria. De la erudición que contiene este escrito, de las glorias nacionales que prueba, y del acierto con que está tratado el asunto, se deja entender la complacencia con que los académicos de la Historia escucharian su lectura. Leyó igualmente á esta sabia corporación la «Vida de Miguel de Cervantes Saavedra», que habia trabajado por espacio de muchos años, en la que se hallan no pocas noticias interesantes de aquel ilustre ingenio, ó no averiguadas hasta entonces ó no publicadas, entre las primeras el descubrimiento de su patria que probó de la manera mas incontestable. A esta Vida siguió un «Análisis del Quijote» muy curioso, y un Plan cronológico para conocer el mérito de esta obra incomparable. La lectura de estos dos escritos ocupó asimismo varias sesiones de la Academia Española á que pertenecía desde 1773, y los individuos de este sabio cuerpo confirmaron la estimación que de ellos habian hecho los de la Historia.

Habiendo resuelto la Real Academia Española hacer una nueva edición del Quijote para corregir el texto y limpiarle de los muchos defectos que en las impresiones anteriores se le habian introducido, y que la perfección y esmero tipográfico correspondiese al mérito de la obra; determinó que á esta edición precediese la Vida de Cervantes y el Análisis que habia escrito D. Vicente de los Ríos. Para ello pidió licencia al rey, y manifestando este á la Academia cuánta complacencia le proporcionaban sus tareas, concedió el permiso para hacer la nueva edición con la Vida y Análisis escritos por el erudito oficial D. Vicente de los Ríos.

En 1774 por orden del conde de Gazola tradujo del francés al castellano una «Instrucción militar cristiana para uso de los caballeros cadetes del colegio militar de Segovia», la cual se im-

primió en Madrid en el mismo año. Esta obra se insertó en otra de mayor extensión titulada: *Horas militares*, que fué impresa en París en 1771. Superfluo seria decir la perfección con que tradujo esta obra un sugeto de tanta instrucción, que tan bien poseía ambos idiomas y tan bien acababa todas sus producciones.

En este mismo año de 1774, habiendo de hacerse una nueva edición de las *Eróticas* y traducción de Boecio de D. Esteban Manuel de Villegas, el señor Ríos se tomó el trabajo de recoger las memorias de la vida y escritos de este poeta, lo que desempeñó con la mayor perfección y acierto.

Para premiar el rey tantos méritos como habia contraído, le ascendió en noviembre de 1777 á capitán del real cuerpo de artillería, con orden de quedar de teniente de caballeros cadetes para continuar en la enseñanza de estos jóvenes, y después en 1779 le hizo merced de hábito en la orden de Santiago, y este mismo año fué promovido al grado de teniente coronel de artillería, último grado á que llegó en su lucida carrera.

Si tanta celebridad adquirió D. Vicente de los Ríos como literato, no la tenía menos como militar, celebridad que hubiera aumentado si hubiese conseguido ver publicado en sus días un «Curso de táctica de artillería», que por orden del rey estaba trabajando para instrucción de los caballeros cadetes, y tenia ya concluido en 1779. Del mérito de esta obra, que el autor como concerniente á su profesión habia trabajado con grande empeño, se podrá formar juicio por las que hemos mencionado con el debido elogio, y compuso únicamente por curiosidad y entretenimiento.

No se limitó la comprensión del señor Ríos á los estudios relativos al arma de artillería como objeto de su profesión; se extendió al arte de la guerra en general, cuyos mas insignes autores antiguos y modernos habia leído ó estudiado detenidamente.

Todos los cargos y ocupaciones que se le cometieron y trae consigo el servicio militar no fueron bastantes para entibiar en el señor Ríos el amor al estudio, ni para impedirle sus tareas literarias y correspondencia con los sabios. Fuera de los trabajos que debió emprender para la composición de sus obras, solia dedicarse á la historia literaria, á la crítica y á la ilustración de nuestros autores.

Como en D. Vicente de los Ríos se juntaban al talento y la aplicación, que es su consecuencia, en nuestro juicio, necesaria, la probidad y los sentimientos mas nobles y generosos, procuró por todos los medios inspirar á sus discípulos amor al soberano, subordinación á los jefes, buena armonía y correspondencia entre sí y la observancia de las leyes del honor, que tanto imperio deben ejercer en el ánimo de un militar.

Por tantas y tan estimables prendas mereció el señor Ríos el aprecio del rey y de toda la corte, la confianza de sus jefes y la fiel correspondencia de muchos amigos.

No habiendo podido heredar el mayorazgo de su casa por ser hijo legitimado, le poseyó su hermana del primer matrimonio de su padre Doña María Josefa Gutierrez de los Ríos, y solo por muerte de esta, después de haberlo litigado con el conde de Fernán Núñez, entró en posesión de él en 1778; y cuando por esta causa empezaba á disfrutar de mayores comodidades y se acercaba á los altos grados militares, quiso la providencia cortar el hilo á una vida tan útil y preciosa. Habiendo pasado de Segovia á Madrid para la expedición de ciertos negocios, fué acometido de una enfermedad, que, casi despreciada al principio, llegó á hacerse de gravedad. Por mas de dos meses estuvo padeciendo, y gran parte de este tiempo luchando con las agonías de la muerte. Un tumor que se le presentó en el pecho y pareció terminación de la dolencia, puso á los médicos en grande ambigüedad sobre si seria ó no conveniente practicar una operación quirúrgica; mas el mismo paciente que en un cuerpo debilitado conservaba un espíritu fuerte pidió que se ejecutase la operación; pero todos los auxilios de la medicina fueron inútiles para conservarle la vida. La noticia del peligro en que se hallaba causó gran sentimiento en la corte, y cuando se le notició al rey

D. Carlos III dijo este monarca: «Mucho sentiré que muera por que pierdo un buen oficial.»

La conformidad con que sufrió por tanto tiempo tan molesta enfermedad, es claro testimonio de las virtudes cristianas que le habían inspirado en su educación y de los sentimientos religiosos que tenía impresos en su alma. Conservó el uso de la razón hasta el último momento, y así ordenó sus negocios temporales con la misma prudencia con que había dirigido todas las acciones de su vida, y recibidos los santos sacramentos con muchas demostraciones de piedad y devoción, falleció al medio día del 2 de junio de 1779 á los 47 años, 3 meses y 24 días de edad.

Fué D. Vicente Gutierrez de los Ríos de mediana estatura, cenceño, bien proporcionado de miembros, de claro entendimiento, feliz memoria; imaginación fecunda y aplicación constante y sostenida. Fué amante de la verdad, de dulce trato, conversación festiva y amena y aficionado á tratar con sábios y personas instruidas. Aborrecía la ociosidad, y por tanto nunca dejaba de ocuparse en algun entretenimiento útil. Cuando entendía en el desempeño de algun negocio grave, y cuando estudiaba y trabajaba, lo hacía todo con tanta eficacia y teson que se olvidaba de sí mismo.

El retrato que va á la cabeza de este artículo se ha copiado de uno que perteneció á las hermanas de D. Vicente, Doña Mariana y Doña Josefa, y hoy conserva su dudo el señor marqués de las Escalonias D. José Gutierrez de los Ríos.

L. M. RAMIREZ Y DE LAS CASAS-DEZA.

AUTO-BIOGRAFIA.

QUÉ COSA ES EN EL DÍA UN LITERATO Y QUÉ HA VENIDO Á SER LA VIDA LITERARIA.

Carta de Fortunato Buenafé á Modesto Buenavista.

(Continuacion.)

Estas y otras consideraciones amortiguaron no poco mi inclinación al teatro; y habiendo trabajado por este tiempo conocimiento con varios jóvenes aventajados y especialmente instruidos en los estudios histórico-literarios, seguí la corriente y procuré brillar en esta nueva esfera. Debo decir que, atraído por el incentivo del metal californiano que segun era fama producía la zarzuela, tuve por un momento la tentación de dedicarme á este género; y aun llegué á comenzar una en que despues de haberse disfrazado las damas de mosqueteros para librarse de las persecuciones nada respetuosas de unos corsarios, se disfrazaban los mosqueteros de damas para evitar las asechanzas de un diablo de magnate napolitano que.... Pero tente, lengua, y no murmures de un género de literatura que está llamado á dar días de gloria á la patria, cuando los futuros *maestros* españoles sepan explotar la mina de nuestra música nacional como los actuales explotan al público liso, alegre y bullicioso que llena las localidades del coliseo del Circo.

Ello es, en fin, que yo me dí al estudio de la historia y á la erudición con la esperanza de llegar á ser algun día académico corresponsal, ó cosa por el estilo. Compraba libros viejos en los portales de la calle de Jacometrezo, escribía á mis amigos de provincias pidiéndoles con mucha formalidad noticias del obispo Acisclo ó del *becerro* del monasterio de S. Pacomio, anunciaba todos los días mi viaje á Simancas y aseguraba que poseía multitud de cuadernos de cortes inéditos, cuando nunca tuve sino unos cuantos de música, manchados de aceite, sobre mi pupitre. Pero tenía que habérmelas con la gente mas arisca é intolerante del orbe. En tanto tiempo como me ví poseído del demonio de la erudición, no encontré un solo erudito dispuesto á oír mis disertaciones; pero en cambio ninguno se cansaba de repetirme las suyas. Al fin, remordiéndome la conciencia de poner citas falsas á artículos sin sustancia; harto de oír disparatados arcaísmos y de recoger frases latinas y romanceadas para encajarlas en mi primera producción histórico-literaria, renuncié al

futuro sillón académico en beneficio de quien tuviese menos vergüenza y mejor memoria que yo.

Díme luego á la crítica literaria y erigí mi trono sobre el piso bajo de un periódico político, desde donde lanzaba todas las semanas nubes de incienso sobre las actrices en boga, sobre los autores amigos, que lo eran todos, y sobre cualquier célebre general, suntuoso banquero ó afamado ministro, aunque nada tuviesen que ver con la literatura. Y como todos los conocimientos humanos son solidarios, de disertación en disertación llegué á ocuparme de la filosofía y de sus diversas escuelas. ¡Aquí sí que tengo que confesarme culpado, querido Modesto! No sé quien ha definido la ontología, diciendo: que es el arte de hablar de todo lo que no se entiende; pues lo mismo pudiera yo, y conmigo otros muchos decir en general de la filosofía. ¡Válame Dios! y qué estupendo baturrillo solíamos armar cuando caía sobre el tapete alguna proposición por el estilo de las que siguen: Dios, inductivo por el sentimiento ¿puede hacerse deducido por la razón? ¿Cuáles son las bases del idealismo trascendental? ¿Qué diferencia existe entre la fórmula de Fichte $A = A$ y la de Schelling, que deduce lo ideal de lo real, el yo del no yo etc., etc., etc.? Confíesote que me costó no poco trabajo al principio acostumbrarme á esta jerga filosófica; pero al cabo de algun tiempo y de algunos traspiés *trascendentales* (quiero decir filosóficos), llegué á comprender que todas aquellas frases tenían una interpretación vulgar y perceptible, y que á no estar interesado el amor propio de aquellos pseudo-filósofos en hablar en griego para mayor claridad, vería el profano que muchas de sus mistéricas y tenebrosas proposiciones se reducían á verdades lisas, que el vulgo suele llamar de Pero-Grullo. En resumen: nosotros hablábamos filosóficamente ni mas ni menos que las colegialas, que para no ser entendidas de sus inspectoras anteponen una misma sílaba á todas las de una palabra. Mas no por esto arrojes mi carta, querido Modesto, y me condenes sin apelación ante el tribunal del buen gusto y del sentido común. Advierte que yo no he dicho que fuese aquella la verdadera, y la sana, y la respetable filosofía, sino que íbamos á quien pudiéramos, y que estábamos mas dispuestos á usar de la palabra que á escuchar al vecino.

Pero no es este el único pecado á que me arrastró el insensato afán de granjear fama de sabio en poco tiempo y sin gran trabajo: tras de la filosofía y pegada á su anchuroso ropaje vino la política, y con ella la innumerable cohorte de sofismas y paradojas, que así ocultan la verdad como si fuera cierto que aquella diosa huyó de la tierra al cielo. Dividímonos en bandos, á la manera que en nuestros primeros años solíamos colocarnos bajo el lema de *persas* ó *griegos*, *cartagineses* ó *romanos*, para hacer nuestras primeras campañas literarias. Y ahora como entonces la memoria desempeñaba el principal papel y decidía la victoria en favor de aquel que lanzaba en la discusión alguna cita histórica de gran monta, por ejemplo aquella frase de Luis XIV: «*el Estado soy yo*,» ó estotra de Mounier: «*queréis ser libres y no sabeis ser justos*,» ó aquella de Sieyès: «*¿qué es el estado llano? Nada. ¿Qué debe de ser? Todo; etc., etc.*» Confíesote con sinceridad que tengo por cosa averiguada que no entendiéndonos muy bien acerca del fondo de las cuestiones, nos fijábamos sobre todo en las palabras; de manera que nuestras controversias eran puras cuestiones de nombres, acerca de las cuales jamás podíamos ponernos de acuerdo, puesto que de ellos unos significaban los intereses de nuestros adversarios y otros los nuestros.

Fácilmente imaginarás qué espantosa batahola resultaría de semejante disposición de los ánimos. Contribuía á aumentarla el amor propio de tal ó cual empleado á quien acababan de dejar en la calle, de tal ó cual literato á quien las crisis políticas habían arrebatado público y Mecenaz. En este caso la discusión tomaba un giro particular; porque mientras nosotros tratábamos filosóficamente de la política y de sus diversas escuelas, mientras hacíamos un graciosísimo potpourri de nombres propios como De Maistre, Bonald, Valdegamas; Rousseau, Hobbes, Bentham; S. Simon, Fourier, Owen; Royer Collard, Cousin, Benjamin Constant; Lamennais, Genoude, Gaume etc., etc.,

mientras procurábamos dar á nuestras ideas cierto colorido metafísico, citando aunque no viniese á pelo los nombres de Kant y Hegel, de Fichte y Schelling, de Krause y Strauss, el literato ó el cesante prorumpían en exclamaciones enérgicas por el estilo de estas: ¡qué barbaridad! ¡enorme disparate! y otras de la misma clase, hasta que nos hacía descender de las elevadas regiones de la ciencia al mundo material de la personalidad, en el que ponían fin á la discusión diciendo: «*Veán VV. lo que han hecho conmigo*»; á cuya objeción nadie osaba responderle, aunque vagase la respuesta en los labios de todos. Andaban de boca en boca los pronombres personales y posesivos lanzados como pelota entre hábiles jugadores, sin caer nunca y sin que nos cansásemos de hilvanar frases egoístas, hasta que el que mas agraviado se creía exclamaba: «Señores, no hay que cansarse; la juventud tiene hoy cerrados todos los caminos, y no la queda otro partido mas que desalojar á los que la estorban ó renunciar á la gloria y á los goces que la corresponden.» De donde deducíamos nosotros que éramos las víctimas, los párias de la civilización; y nos retirábamos á descansar á nuestras casas, ó recorriamos las ajenas en busca de pasatiempo, sin pensar que tal vez en aquel momento habia alguien que pasaba la noche quemándose las cejas á la luz de su lámpara, á fin de esclavizar á la inconstante fortuna, que nosotros esperábamos hallar á la cabecera de nuestra cama.

De esta época data la fama, no diré bien merecida, de orador que me granjeé en algunos círculos político-literarios. Valiéronme mucho para este fin mis recuerdos de la Academia científico-artístico-literaria, en la que tan buenos ratos pasamos en los primeros años de nuestra carrera; y aun te confieso que no necesité hacer gran variación en mi método ni en mis estudios para lucir en este terreno como habia brillado en el antiguo. Estar siempre dispuesto á la liza con cualquier adversario y sobre cualquier asunto; saber llevar las cuestiones á determinados puntos, donde es fácil hacer recaer sobre el contrario todo el peso de la personalidad, de la paradoja y del sofisma; adoptar un tono gutural y declamatorio; usar de un estilo cortado incisivo y en ninguna manera castizo, y sobre todo interrumpir al adversario á cada momento, acoger sus proposiciones con encogimiento de hombros, arqueamiento de cejas y fruncimiento de hocico, con otros varios preceptos de la misma naturaleza, son los requisitos que necesita el orador para granjear reputación y adquirir autoridad. Tengo para mí que la mayor parte de los oradores de esta clase no son mas que unos especuladores en frases, que juegan con los hombres que dan importancia á su cháchara sempiterna; y aun opino que la imagen del maná que perciben á través de sus discursos, les da fuerza para representar á veces su papel con una audacia proporcionada á su ambición.

Yo, triste de mí, que orador, y filósofo, y escritor público como me llaman, jamás aspiré á otra honra ni á mas provecho que al de estrechar con efusión la mano de mis amigos á cada una de mis victorias, huí de cansarme pronto de un papel que exige tanta perseverancia y tan buenos pulmones; y abandonando el foro por la cátedra, comencé, no sé si en buena ó mala hora, la carrera de periodista, en la que persevero hasta saber tu opinión sobre todos y cada uno de los puntos que dejo referidos.

Para concluir te expondré en pocas palabras lo que opino acerca del papel que desempeña el periodismo en nuestra sociedad, como tambien lo que se me ofrezca acerca de las cualidades que deben adornar al que ejerza tan sagrado ministerio. Y digo *sagrado*, porque has de saber, querido primo, que es esta una palabra que nosotros, los periodistas, usamos con mucha frecuencia, no aplicada á las cosas de Dios y de sus santos, sino á aquellas que mas nos interesan; pero vamos á otra cosa.

Tú no sabes qué de conocimientos, qué de facilidad y de elegancia de estilo son necesarios para el periodismo, tal como hoy día se practica. Lo que mas me encanta es la facilidad que solo nosotros y los monarcas poseemos de hablar de *nos* en cualquier ocasión, y de ser intérpretes de una gran parte de la nación y aun de la Europa entera. Verdaderamente que es de ad-

mirar el que yo, periodista en agraz y político *in partibus*, tenga facultad para escribir cada mañana al abandonar el lecho y frotándome los entorpecidos ojos: «*La nación lo quiere; ella lo ordena; nosotros, sus mas legítimos intérpretes etc., etc.*» Y no es solo esto, sino que defendemos el legítimo uso de nuestra soberanía contra los que intentan campear por su respeto y pensar por su cuenta: ¡como si la prensa periódica no fuese la expresión de la voluntad general! ¡Como si no estuviese por ella dicho y discutido de antemano cuanto es posible discutir y narrar! Confíesote que mas de una vez me he dirigido á mí mismo esta pregunta: Si la libertad de la prensa llegase hasta el punto de que cada individuo tuviese un periódico como tiene una palabra, ¿qué significarían entonces estas frases que nosotros cuotidianamente repetimos: *la nación quiere, la nación desea etc., etc.*? ¡Pardiez! Mucho me temo que no significasen mas que: *Pedro Fernandez pretende, Juan Alfonso suplica etc.* Pero no; nosotros jamás nos apartamos de lo que es razon y justicia; y siendo así obramos lógicamente al hablar en nombre del público, pues casi todos los hombres ven las cosas del mismo modo siempre que el propio interés no les induce á error.

Pero lo que mas me admira, lo que mas me encanta en el periodismo es la facilidad, la galanura y exquisita erudición que respiran las producciones de nuestras mas famosas péñolas en este género. Si no me engaño, esta nueva escuela á que me refiero ha de hacer época en los anales literarios. Para que no recuses mi testimonio, como de interesado, pasa la vista por esos renglones hurtados no sé á qué papel matutino ó vespertino; pero que de seguro son modelo en su género; hélos aquí: «*Burla y aun sarcasmo parece que una causa ya vencida y juzgada en el augustó tribunal de los tiempos, levante aun orgullosa la horrible cabeza y atice con su sople la llama de la discordia entre opuestos contendientes* (gracioso pleonásmo). *Pero si es cierto que aun vive, que aun alienta para mal y para daño de los que dispuestos estamos á hacer el corto sacrificio de nuestras vidas en el altar de la causa sacrosanta; si es cierto que el oscurantismo, nuevo Proteo, toma diversas formas para hacer aceptables sus elucubraciones; si es cierto que la espada de Damocles se halla á cada momento suspendida sobre cuellos inocentes, no es nuestra la culpa, la culpa es de otros. No arredran á ciertos hombres las empresas titánicas, porque no son ellos los Ícaros que han de sufrir la pena de su audacia: sórdidos Mefistófeles de incautas gentes, acomodan al lecho de Procusto de su extraviada crítica las ajenas doctrinas y las muestran á sus satélites transformadas cual si el anillo de Giges las hubiera tocado. Hábiles Dulcamaras de insinuantes palabras saben arrastrar al precipicio á los que les siguen. La ruina de tantas gentes cuya imagen debia aparecérseles como la sombra de Banquo en el festín de Macbeth, no les infunde la menor aprensión; y allá, en sus ensueños, se figuran que el astro puro de la civilización va á retroceder á los tiempos en que un monarca despótico, entregado á devotas prostitutas, pronunciaba aquellas palabras: EL ESTADO SOY YO. ¡Cuánto se engañan! Quos Deus vult perdere, Jupiter dementat*» (esto es, sin duda, una equivocación).

Fácilmente conocerás que me hallo en el camino de la sublime literatura, á donde no es dado llegar á todo alumno de Apolo. Mi modelo en lo político es Girardin, mis delicias el lirismo de Pelletan y de Lamartine; pero en vano pongo en tormento mi imaginación para trazar el *gran panorama del progreso de la humanidad* con los valientes rasgos de aquellos poetas eminentes; mi pluma se niega á obedecerme y me veo obligado á concluir rapsodia lo que comencé epopeya.

Y no solo me aflige la necesidad que en mí reconozco de beber la ciencia en raudales mas puros que los que hasta ahora he frecuentado, sino que aun esa misma honra que yo creía haber conquistado como bueno, me es negada ¿por quién? por mi misma familia, que opina que todos mis laureles políticos y literarios son buenos para hacer *escabeches en Laredo*, segun la expresión de Tomé de Burguillos. Léese esas dos cartas que trascribo y vendrás en cuenta del poco fruto de mis afanes: hélas ahí.

«Querido Fortunato: terminada la recolección, que no ha pa-

sado de mediana, me he visto precisado á trasladarme á Tembleque, donde el pícaro de Pedro el Tuerto, mi mayordomo, había entrado á saco mis heredades, borrando lindes y talando viñas y olivares, que no parece sino que ha acampado en aquellas tierras otro ejército como el de Napoleon.»

«En verdad te digo que tu presencia es mas que nunca indispensable en la casa de tus padres, si he de disfrutar de algun reposo al cabo de mis años y si has de conservar un pedazo de tierra que te dé de comer cuando te hayas convencido de que los versos y la prosa son buenos para envolver especias.»

«De tus dos hermanas la mayor casa con quien la pueda hacer feliz; y con esto está dicho que no es poeta, ni autor dramático, ni periodista como tú: la segunda espera que vengas á su lado á cuidar de ella y de su dote, que corre peligro de no ir muy allá si tú no me auxilias contra mayordomos tunantes, escribanos sin fé y criados sin conciencia; que no falta por acá gente que pueda competir en astucia y mala voluntad con los mas redomados pícaros de esa corte. Tu madre quiere ponerte cuatro letras, por cuya razon termino mi epístola mandándote que, sin pérdida de tiempo, lies los bártulos y te vengas á mi lado, donde te espera el cariño de tu padre que te quiere

Juan Buenafé y Teson.

Argamasilla 15 de octubre de 185....»

Hé aquí la carta de mi madre: juzga por ella de mi situacion.

«Querido hijo: por el correo de ayer he recibido los papeles

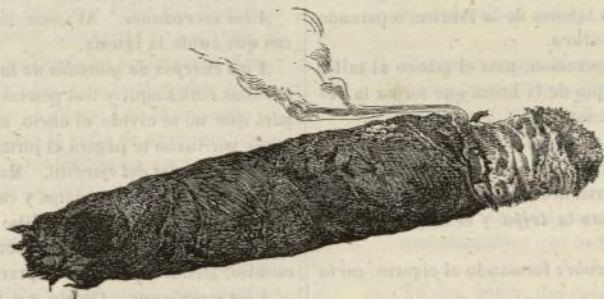
en que vienen insertas tus ultimas producciones. Tu padre no quiere que le lea un renglon de ninguna de ellas; pero tus hermanas y yo los hemos leído con mucho gusto. Advierto sin embargo, hijo mio, que de tantas ocasiones como los héroes de tus composiciones te proporcionan para alabar la infinita bondad de Dios y las verdades de nuestra santa religion, sueles desperdiciar las mas, con mengua de tu reputacion de buen cristiano. Esto acaba de convencerme, hijo mio, de que si la carrera literaria, que tanto prestigio procura en el gran mundo, no proporciona en nuestra patria al literato una posicion desahogada, tampoco sirve para perfeccionar sus cualidades morales, como yo hasta ahora tenia entendido. Así que, hijo mio, creo que harás bien en seguir los consejos de tu padre, que aunque ofrecidos con no mucha blandura son excelentes. Vuelve, pues, á nuestro lado si quieres dar á tu madre el mayor placer que la espera en lo poco que la queda de vida. = Ana.»

No quiero proseguir, querido Modesto. Lee y relee todos y cada uno de los párrafos de esta carta; pesa en la balanza de tu sano criterio las diversas circunstancias que en mí concurren, y dame luego un consejo que me sirva de guia en mi vida futura. Esto espera de tí tu primo y amigo. = Fortunato Buenafé.

Madrid diciembre de 185....

(Conforme con el original.)

JOAQUIN MALDONADO Y MACANAZ.



EL CIGARRO.

Se ha escrito tanto sobre cosas que valen poco ó nada, que no debe remorder la conciencia por dedicar unas columnas á la que se cita á menudo, como la de menos importancia ó valor intrínseco; á un cigarro.

Un cigarro produce al menos humo, y bien merece su biografía mas que muchos hombres políticos españoles.

Un cigarro contribuye al Estado con una pequeña cantidad que forma parte del presupuesto de ingresos; razon es que de él nos ocupemos, cuando tanto dan que decir las pequeñas partes en que se distribuye el de gastos.

Un cigarro se compone del trabajo de porcion de personas, y parece justo que se analice, cuando tanto valor se da al de ciertas individualidades.

Un cigarro representa algunos instantes de la vida del que lo fuma, y sin embargo de haberse escrito tomos sobre la manera de saludar y ponerse el corbatin, nadie consagra un recuerdo á la aromática planta que constantemente enseña al hombre á dirigir sus mejores pensamientos al cielo, como ella envia la esencia de su aroma.

Un cigarro proporciona descanso y solaz al hombre laborioso, y no obstante se habla siempre de él con menosprecio, mientras se agota el diccionario de los elogios tratándose del afortunado ó del audaz que vive del trabajo ajeno.

Un cigarro se desea y busca, y á los enemigos se les huye y aborrece: del primero nos olvidamos al disfrutarlo, y á los segundos se les recuerda siempre.

Un cigarro nos da el privilegio de detener al magnate que pasa por nuestro lado fumando, mientras que un lacayo ó un centinela nos detiene á la puerta de su palacio; al cigarro se le muerde, se le oprime, se le consume, y al centinela ó al lacayo se le saluda.

Un cigarro se le da á cualquier amigo, y hay amigos que no valen un cigarro.

Un cigarro nos alumbra en la oscuridad ó nos libra de una pulmonía al salir del Suizo, y le maldecimos porque nos mancha las yemas de los dedos.

Un cigarro nos acompaña sin proferir una queja á donde quiera que le llevemos, lo mismo á la habitacion mas reducida de la casa que á un duelo, y la mujer propia volverá disgustada del teatro porque la que ocupaba el palco vecino tenia un traje mas rico que el suyo: á la mujer la adoramos, y al cigarro que nos costó dos cuartos, porque ardió mal ó salió fuerte, se le llama veneno.

Un cigarro en la mayor desgracia nos distrae haciendo fijar los ojos en los giros que forma el humo y en la blancura de su ceniza, y una carta nos comunica la muerte de la persona mas estimada, nos traslada la orden de cesantía ó nos compromete á contestarla, y sin embargo el primero nos parece caro por la cuarta parte del precio de la segunda.

Un cigarro no se mete con nadie, proporcionándonos infinitud de goces, y un perro, si es ladrador, nos pone en peligro á cada instante: al perro se le da de comer, y del cigarro

cuando queremos apurarlo nos comemos una buena parte. Al cigarro en fin, puesto que tantas injusticias le hacemos, se le debe reconocer acreedor á dar por un rato entretenimiento á los cajistas y lectura á los suscritores del SEMANARIO.

Circunscribiendo su historia al de dos cuartos, que es el cigarro artista, poeta, burócrata, militar, absolutista, moderado, republicano y puro (que también tiene su papel en la comedia política), circunscribiéndonos al cigarro universal, en una palabra, vamos á autografiarlo, manteniendo en el olvido las demás especies, hasta que otro que trate del tabaco en general las desentierre.

I.

HISTORIA PRIVADA DE UN CIGARRO DE DOS CUARTOS.

Para confeccionarle son necesarias las siguientes operaciones: Comprar en la Habana el tabaco de que se compone la *tripa* y entregárselo á un contratista para que le conduzca á España.

Recoger de las colecciones de Cagayan en Filipinas el que sirve para la *capa*, haciendo la misma operacion de entregárselo á un contratista que se encarga del flete para la Península.

Desembarcado en las fábricas, se almacena, permaneciendo en este estado seis meses para que recobre el gusto natural y el aroma que en la travesía pierde, si las existencias anteriores son bastantes á mantener la elaboracion de este término.

Trascurridos los seis meses citados, se hace el escogido de ambas clases por el inspector de labores de la fábrica, separando la parte que solo sirve para *picadura*.

Después de ejecutada esta operacion, pasa el tabaco al taller de *desvenado*, del cual sale limpio de la broza que forma la vena y que perjudica á la elaboracion.

Se humedece y entrega nuevamente al inspector de labores para que le distribuya proporcionalmente entre las operarias, con la especificacion y en la parte necesaria para que cada uno se destina, esto es, el habano para la *tripa* y el filipino para la *capa*.

La operaria *lia* el tabaco, le *cubre* formando el cigarro, *corta* y *remata*.

En seguida pasa al *oreo*.

Luego al *empapelado*.

Por último trámite, en la fábrica, á la sala de envases.

En cajones ya, se entrega el tabaco al contratista de conducciones, del que le recibe el guarda-almacen de la respectiva provincia á que se dirige, y por este se facilita á los estanqueros que le expenden.

Hé aquí anotadas ligeramente las diferentes manos que recorre el tabaco antes de llegar á las del consumidor, y pasemos por alto su verdadero análisis, porque nada ofrecería de novedad para el que fuma y debe estar acostumbrado á encontrar otras materias extrañas, que no nacen ciertamente de la semilla de la planta exótica.

II.

HISTORIA PÚBLICA Y MORAL DEL PROPIO CIGARRO.

Reconocida la inteligencia y el trabajo como bases principales de la sociedad, y los individuos que alimentan esas dos poderosas claves, por el verdadero pueblo, por el núcleo que forma la opinion, que después las masas obedecen ciegamente, seguras de no poder oponer obstáculos al fruto sazonado por las inteligencias superiores y recogido por otras y otras, que mas recelosas por ser menos elevadas, analizan escrupulosamente las ideas; en este caso el cigarro de dos cuartos español es la palanca de la felicidad española.

Como que son sus consumidores constantes por lo menos:

la mayor parte de los escritores,

todos los empleados,

los artistas que no los fuman de seis maravedises,

los verdaderos comerciantes (no los usureros del tesoro),

los sacristanes, incluso los que toman rapé,
los cuerpos de guardia de la milicia nacional,
los oficiales y sargentos del ejército,
los estudiantes cuando tienen dinero,
los escribanos,
los médicos,
los hidalgos con renta

y otros muchos que sería prolijo seguir contando.

La manera de emplear productivamente la fuerza de esa palanca es de éxito seguro: no ofrece mayor obstáculo que la dificultad de romoverla, esto es, practicarla la primera vez, que de fijo despues se haría fácil y con el tiempo dichosamente innecesaria.

El estanquero debía dar por cierto número de años, con presencia de la cédula de vecindad de cada comprador, un papel que dijera:

Al escritor. Estudia mas y escribe menos. Mas vale un patriótico consejo en una línea, que tres columnas de recriminaciones ingeniosas al poder y sus delegados.

Al empleado. Cuanto mas pronto se despachen los negocios mas tiempo quedará para mejorar la administracion. La moralidad no es ya solamente virtud; es mas fácil ser honrado que pícaro, porque la mucha concurrencia abarata el género.

A los artistas. Miguel Angel no fumaba.

A los comerciantes. Si V. aumenta á las pesas el metal que con el uso hayan perdido y calcula ganar en dos ventas lo que ahora en una, venderá diez veces mas que ahora.

A los sacristanes. Al César lo que es del César y al sacristan que cuida la iglesia.

A los cuerpos de guardia de la milicia nacional. Entre ganar diez reales aquí y dos pesetas trabajando, prefiere lo último para que no se olvide el oficio, seguro de que así el día que te toque por turno te pagará el jornal tu maestro.

A los oficiales del ejército. Mas política con el soldado y menos en el cuarto de banderas y en el café, porque huele á gracias y al país no le hace maldita.

A los estudiantes. Cuando concluya la carrera, si ahora no estudio, ¿tendré con qué comprar cigarros?

A los escribanos. Cuarto con honra y duro sin ella, doy lo segundo por la primera. La vida es corta, la muerte larga; quien mejor viva, tanto mas gana.

A los médicos. ¿A quién corresponde la última peseta del enfermo, á la alopatía ó á la homeopatía? Al médico que le cure.

A los hidalgos con renta. La ociosidad es la madre de todos los vicios. No te importe que el gobierno pida mas ó menos, sino que distribuya bien.

Y así por este jaez los motes que á cada uno correspondan respectivamente, pero pendientes todos de estas palabras: *contra pereza diligencia*.

Hé ahí cómo sin saberlo cuando oprimimos con los dedos un coracero de dos cuartos, convertimos en humo nada menos que la felicidad del país.

¿Y la historia pública y moral del susodicho? ¿Quién es capaz de circunscribirla á un individuo de su clase? Unicamente una mujer á quien incomoda el humo, diciéndole á su marido que está fumando: — Qué demonio de cigarro, has gastado diez fósforos para hacerle arder, no se puede parar en la casa con el humo y el mal olor (aparte) maldito vicio, le detesto porque le domina mas que yo.

Este artículo es hijo de un cigarro malísimo, y como buen hijo ha sabido hacerse digno de su padre.

EDUARDO GASSET.

COLEGIO DE CORPUS CHRISTI Ó DEL PATRIARCA

EN VALENCIA.

Este monumento de la piedad del patriarca de Antioquía y arzobispo de Valencia D. Juan de Ribera, ocupa un área superficial en cuadrilongo de 210 palmos de E. á O. por 265 de N. á S.,

medida valenciana. Para emprender esta obra colosal, cuyo costo era enorme, atendidas las facultades del prelado, hubo este de recurrir á la munificencia del monarca español Felipe III, quien se prestó de buen grado á la invitación de aquel. Al efecto, por medio de su apoderado mosen Jaime Ferrer, adquirió cuarenta y nueve casas contiguas á la universidad literaria (en 283,743 rs. 16 mrs.), que se demolieron para levantar en su radio las obras del templo, cuya primera piedra colocó el mismo fundador en 30 de octubre de 1586 y á cuya ceremonia asistió como apoderado y representante *ad hoc* de S. M. el virrey Don Francisco de Moncada, marqués de Aytona: quedó concluida su fábrica el 21 de agosto de 1610, habiéndose invertido en ella sobre veinticuatro años y la enorme suma de 915,863 libras con cinco dineros.

Divídese en cuatro grandes departamentos, ocupando el primero, que corresponde al N., los patios, cocinas y otras piezas secundarias; al E. la biblioteca y archivo de protocolos de D. Mariano Tortosa, la cámara del rector y la torre del reloj, que es bonita; al S. los salones del vestíbulo, claustros y portería y la capilla de la Inmaculada, y al O. la sacristía y otras piezas con la iglesia, de que nos ocuparemos, aunque no con aquella detención que requiere su grandeza.

Tiene la figura de una gran cruz latina de orden dórico, y su única nave mide una longitud de 170 palmos por 74 de latitud en el crucero y 40 en el resto. Contiene cuatro capillas laterales cerradas por balaustres de metal dorado de 5 palmos de altura. Otro enverjado de bronce corta la nave por el crucero. El peso de esta baranda, construida en 1606 por Cristóbal Vives para colocarla en el presbiterio, es de 105 arrobas 16 libras. Ocho pilastras de 40 palmos de altura sostienen los arquivates, friso y cornisamentos, de donde arrancan los arcos torales sobre los que eleva la cúpula su esbelta linterna aérea. Los basamentos, pilastras y pedestales istriados forman la regla de uniformidad del primer orden inferior del friso, y contrastan en cierto modo con la forma semi-apuntada de los arcos de las capillas, cuyo mérito es escaso.

El altar mayor consta de un solo cuerpo de orden corintio con columnas verdes de mármol que sostienen un tímpano con globos ó esferas de bronce, ángeles y otros emblemas místicos, dorados primorosamente. Diversos cuadros de gran mérito decoran el frontispicio, y entre ellos uno de Francisco Ribalta representando la cena de Jesucristo con sus apóstoles. El artífice que construyó el altar mayor fué Francisco Perez, quien recibió por él 809 libras, un sueldo con ocho dineros, según escritura en 14 de junio de 1600 por ante el notario curial Jaime Cristóbal Ferrer.

Detrás de ese gran cuadro se ve el famoso crucifijo, reputado por la obra maestra en su clase en todo el orbe cristiano, cubierto con dos velos ó cortinajes internos morados y dos negros, que se descorren para descubrir la insignia todos los viernes, terminados los oficios y durante el cántico lúgubre del *Misere-re*. Este crucifijo, adquirido por Rodolfo II de la corporación de Silesia, recayó en Doña Margarita de Cardona, quien le donó en 1601 al fundador de que vamos hablando.

Tiene el edificio dos puertas en su fachada principal, una de las cuales da entrada á la iglesia y la otra al colegio: ambas carecen de gran mérito. El patio se compone de dos galerías sobrepuestas con 60 columnas de mármol blanco. La primera serie claustral corresponde al orden dórico y la segunda al jónico, coronada esta por una balastrada de la misma materia. La escalera, bastante desahogada, compuesta de peldaños de piedra godella de una sola pieza, es reputada por los inteligentes como una obra maestra, atendida su construcción aérea en cierto modo.

En otros tiempos celebrábase el oficio divino en este templo con una pompa suprema; pero las vicisitudes que han trabajado en diversas épocas las instituciones de nuestra patria, han reducido casi á la nulidad la categoría de ese monumento, digno por cierto de mejor fortuna. La fama de sus alhajas atrajo hacia sus tesoros y repostería la rapacidad francesa durante el intere-

no dinástico de los Borbones, y han desaparecido en su mayor parte ricas é inestimables joyas, regalo de reyes y princesas: únicamente atesora aun uno de los mas preciosos museos de reliquias, que son objeto de veneración de naturales y extranjeros, cuyas actas auténticas han alejado mas de una vez la duda del corazón de los fieles, que pudieron razonablemente admirar tanta grandeza, poniendo á prueba piadosa su origen. De ese precioso catálogo, inapreciable depósito de la fé católica, nos ocuparemos en otro artículo, toda vez que tenemos á mano un curioso documento, de cuya compulsión nos ocupamos, utilizando otras relaciones de que nos valemos de grande autoridad para justificar tan delicado objeto.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

PLEGARIA.

Amor vult esse sursum.

DE IMIT. CHRISTI.

Raudal de vida, espíritu divino,
sustento y luz del alma, que te adora;
y que en tu busca, en medio del camino,
perdida, ciega, enamorada llora:
¿cómo podrá saciar, en el mezquino
mundo, la sed de amor que la devora,
si en la esfera ideal, do su amor vive,
la inmensidad del universo inscribe?

Y aunque atrevida el alma consiguiera,
en progreso infinito dilatada,
sentir en sí la humanidad entera,
y el espacio abarcar de una mirada:
en su alcázar ingente conociera,
emperatriz y diosa abandonada,
que aun carecía de su digno empleo,
que era mayor que todo su deseo.

Tú das, Señor, del corazón doliente
un bálsamo eficaz á la amargura,
y de tu trono la inexhausta fuente
brota, que satisface sin hartura;
y solo hay ciencia en tu profunda mente,
supremo bien, clarísima hermosura:
por eso el alma, si de amor suspira,
gime en la tierra, y á tu gloria aspira.

De tu gloria olvidada, triste, inquieta
el alma mia nunca se reposa;
á los sentidos, sin tu fé, sujeta,
yace angustiada en cárcel tenebrosa:
hiera, Señor, el alma del poeta
un rayo de tu luz maravillosa,
para que este deseo, que le abruma,
en su fuego santísimo consuma.

Sé que el amor te vence, y yo te adoro,
y tú diste el amor al alma mia;
ella engañada prodigó el tesoro,
y en el mundo gozarle no podía;
ni fuera de él, entre los sueños de oro
de la lozana y joven fantasía,
ni en la Babel inicua, que levanta
nuestra razón, cuando tu ley quebranta.

¡Ay! permite, Señor, que el labio mio
tu dulce nombre á pronunciar se atreva,
ya que en su centro el corazón impío
grabada aun, por tu bondad, le lleva:
perdona ¡oh Dios! perdona el desvarío

de la razon, concédeme fé nueva,
y logre en tí mi espíritu reposo,
saliendo de este mar tempestuoso.

JUAN VALERA.

LA ESPERANZA MEJOR.

SONETO.

«¿Por qué al mortal, ó diestra soberana,
creaste al carro del dolor unido?
¿Por qué le tienes en injusto olvido,

y el bien le muestras como sombra vana?»

Corta la vida inútil que me afana:
rompe este amargo corazon herido:
no quiero ver el vicio enaltecido,
y siervo el justo de maldad tirana.»

Así clamaba un misero doliente,
muerto de la esperanza el dulce fuego,
fijo en la tumba su afanar ardiente.

Mas blando un genio apareció propicio,
y murmuró á su lado: «¡Tente, ciego!
¿De qué te quejas, loco, si hay un juicio?»

ANTONIO ARNAO.



Escena X del acto cuarto de EL TEJADO DE VIDRIO (1).

Acomoda bien al presente año cómico la frase vulgar de *ser tardío pero cierto*; así como esperamos fundadamente que el venidero ha de justificar el adagio que dice: *No hay mal que por bien no venga*.

El *tejado de vidrio* es por todos conceptos una obra dramática de primer orden; hace mucho tiempo que reconocimos en su autor el Sr. D. Adelardo Lopez de Ayala la eminencia dramática de la juventud; hoy nos cabe la satisfacción de poderlo decir, seguros de que los que antes, confiados en su justo valer, se creían con fuerzas para disputarle este lugar, serán los primeros á fortalecer nuestra pobre opinion.

El pensamiento de la obra es castigar el libertinaje con sus propias armas, y hay grandeza solo en el hecho de atreverse con una idea cuyo desenvolvimiento está erizado de escollos.

A nosotros nos gusta ir al teatro ignorando la fábula, y omitimos por lo tanto indicarla ya para no privar á nuestros lectores de la misma ilusion que para nosotros queremos, ya tambien desconfiando de hacerlo á derechas.

No faltará quien saque á plaza los lunares que encierra, de los que se nos alcanzan algunos, como son, el que en la casa del negociante entren aquellos amigos como en las suyas respectivas, sin dar aviso los criados á sus amos, que vienen por casualidad á la habitacion en que se encuentran las visitas; la seducción histórica de la doncella de Dolores; el escondite del primer acto, y otros y otros que se enredan entre las infinitas bellezas de la obra como el delfin en las débiles cintas de las algas.

(1) La brevedad tiene la culpa de lo imperfecto del grabado.

El defecto capital de la comedia no podia evitarse sin privarla de una gran parte de su mérito; pero somos muy escrupulosos en el teatro, y aun reconociendo que el castigo corresponde al delito, creemos que es peligroso para la despreocupada juventud de nuestros dias el conocer ciertos resortes de seducción que están sobradamente desleídos en los tres primeros actos.

Esta es para nosotros una falta imperdonable; pero sin embargo felicitamos de todo corazon al Sr. Ayala por el triunfo que ha obtenido. ¡Es tan satisfactorio para el soldado leal enviar la gloria y aplaudir la bizarria de otro mas esforzado!

Hemos oido decir que los actores bordan la comedia; creemos por el contrario que no la han entendido: algunos están detestables, y ciertamente de los que menos debia esperarse, es verdad que pedir corazon á algunos hombres es pedir peras al olmo.

Dijimos en las primeras líneas que el año próximo remediaría los males del presente, porque hay notables comedias hechas y en infusion otras que prometen serlo.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR.

Convenidos tocante á la parte física, mas no á la moral.

Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid.—Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.